

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y hendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

La flor del campo.

Ego flos campi et lilium
convallium.

CANT. 2.

Nada es mas agradable en la primavera que contemplar la belleza de las flores, aspirar sus perfumes, y saborear, cuando llega el tiempo y la sazón, sus delicados frutos. Pero es mas grato escuchar el lenguaje de las flores, y aprovecharnos de las sublimes enseñanzas que nos dan estas graciosas pregoneras de la virtud. Y sube de punto la utilidad de esta contemplación cuando en el simbolismo de las flores descubrimos las bellezas, y privilegios, los sublimes destinos, y el poderoso influjo de la Virgen en la vida y en el destino final de los hombres.

Vamos á contemplar en la flor su belleza, su fragancia, y su fru-

to, y así creceremos nosotros en virtud y merecimientos.

La Virgen reúne en su cuerpo todas las bellezas de la creación y en su alma todas las bellezas de la Redención. Toda es hermosura y no hay en ella mancha ni lunar (1). Y dice sobre estas palabras Hugo de S. Víctor: Es bella en el alma, y bella en el cuerpo. *Pulchra in corpore: pulchra in mente.* No se comprende cómo hay hombres que no aman á la Virgen y cómo pasan indiferentes ante la Reina de la hermosura. Viven alejados del templo, en el olvido de Dios y de su alma, enfrascados en los negocios de la tierra, ó entregados á los goces de los sentidos. No perciben las cosas de Dios, ni las

(1) Cant. 4.

bellezas de la virtud, como el hombre animal de quien nos habla el Espíritu Santo, y llegan á perder el sentimiento de lo bello, de lo justo y de lo bueno, y hasta el natural instinto de los vivientes.

Vivimos en tiempos verdaderamente lamentables. Hay cristianos que en pleno cristianismo, viven como paganos, en pleno Mediodía viven como de asiento en las tinieblas, en plena civilización parecen salvajes, como si el agua del bautismo no hubiera tocado su cabeza; como si no brillara sobre ellos el sol de la fé; como si no sonara en sus oídos la voz del Evangelio que lleva la luz y la vida á los pueblos salvajes y civiliza á los bárbaros. Y consiste en que no conocen á la *Madre del conocimiento, del amor bello, y de la santa esperanza*. Y no conociendo á la Madre, ¿cómo han de conservar la fé en el Hijo? ¿Cómo han de amar á Jesús, redentor, santificador y glorificador de los hombres, si no aman á María, reconciliadora del cielo y de la tierra, y dispensadora de las gracias, de los méritos y medicinas de la Redención? ¡Ah! Si cultivaran la devoción de la Virgen; si alguna vez levantaran la vista hácia la bella flor del campo que se sienta como reina en un trono de misericordia; si una sola

vez quisieran mirarla, tendrían que amar á la hermosura de los cielos. Porque mirándola con el ojo limpio de la fé, y aunque esten enfermos de esta potencia sobrenatural, si no han perdido enteramente el sentimiento de lo bello, tienen que exclamar con el cantor enamorado de la señora: *Toda eres hermosa, amiga mia, y no hay en tí mancha ni lunar*. Tú cabeza como la cumbre del Carmelo, tu cuello como la torre de David, tu tallo como la palma, tus ojos luceros, tus mejillas dos rosas, tus labios rubíes, tu manto los cielos, el sol tu vestidura, tu calzado la luna, la tierra tu escabel, tu trono las nubes, tu diadema de estrellas, la clemencia tu ley, tu vida el amor, tu mano derecha el poder que todo lo alcanza y tu izquierda la bondad que todo lo dá. ¿Quién puede mirar á la Virgen sin amarla? ¿Y quién puede amarla sin ser bueno y por consiguiente dichoso? Porque *su fragancia* corre parejas con *su hermosura*.

En las plazas y en las calles, en el campo y en la ciudad, en las pobres aldeas como en las grandes ciudades difunde sus aromas, superiores al olor del cinamomo, de la mirra y del estoraque (1). San Ambrosio la

(1) Ecclesiastic, 24.

compara á la columnita de humo que sale del pebete donde se queman las especies aromáticas, porque sus virtudes embalsaman la tierra y los cielos y llenan de admiración á los ángeles y á los hombres (1). Y San Jerónimo dice que en este místico jardín plantado por la mano de Dios, y cultivado por el Espíritu Santo se encuentran todo género de flores, que exhalan toda suerte de aromas (2). Hé aquí la clave para explicar esa universal devoción que llena los tiempos y los espacios. Los sábios estudian este prodigio de la naturaleza y de la gracia, los artistas dedican á la Señora las mejores creaciones de su géneo, los poetas cantan sus glorias, los guerreros ponen á sus piés los trofeos de sus victorias, los reyes sus coronas, sus joyas las matronas, y reciben en cambio de sus filiales obsequios luz, inspiración, fortaleza, prudencia, dones de Dios que ella distribuye entre sus devotos. Todos se van tras ella, atraídos por la fragancia de sus virtudes, y por la generosidad de su corazón. Se va tras ella el justo para mirarse en este *Espejo de la justicia*; se va tras ella el pecador

para obtener el perdón de esta Madre de la misericordia, se va tras ella el pobre para pedir mercedes á la tesorera del cielo; se va tras ella el afligido en busca de consuelo, el triste en busca de alegría, el enfermo en busca de salud, el extraviado en busca de verdadero camino, y todos oyen de sus lábios, antes de acercarse á su trono, esta voz de amor y de misericordia: Venid á mí los que lleváis el peso de los trabajos, y regais con vuestras lágrimas los caminos de la vida, que yo os consolaré.

Y todos aprenden por la experiencia que esta flor divina produce frutos maravillosos, tan agradables á la vista como sabrosos al paladar espiritual. Es la Madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento, y de la santa esperanza. Amándola, cultivando su amistad, se quitan los frutos de la verdad, de la esperanza, de la pureza, de la justicia y de la caridad. Venid á mí, nos dice, y gustareis hasta la saciedad los frutos delicados y sabrosísimos que yo doy á mis devotos. *Venite ad me et á generationibus meis adimplemini* (1). Su espíritu es mas dulce que la miel, y su herencia sobre la miel y el panal. *Super mel et favum*.

(1) De virginitate.

(2) In serm. de Assumptione.

(1) Ecles. 24.

Esta es la flor que nos dió el fruto bendito, formado en su vientre y nacido para nosotros, Jesús, Hijo de Dios, fruto divino que da la vida á las almas, la dicha á las familias y la paz á las naciones.

Comed vosotros este fruto de salud y de vida en el festin eucarístico, donde la Virgen os espera para colmaros de sus gracias y mercedes, y ofreceros una prenda segura de salvacion eterna.

Z. M.

VARIEDADES Y NOTICIAS

No hay que exagerar.

I.

A los doce años.

—D. Simplicio, ¿y el muchacho?

—No me diga V. nada del muchacho. Estoy encantado. ¡Qué chico tan listol! Se pasmaria V., no coge un libro que no aprenda. Su maestro está loco. Dice que es una alhaja, y como uno al fin es padre, se le cae la baba.

—Supongo que procurará V. darle una buena educacion.

—No faltaba mas. Mucho que sí. Mire usted, aun no ha cumplido trece años y ya le he puesto seis profesores.

—¡Atiza!

—Sí, señor, lo que V. oye, seis profesores, uno de matemáticas, otro de francés, otro de música, otro de equitacion, otro de esgrima, otro de baile y otro de ..

—¡Ave Maria Purísima! ¿Donde va usted á parar, D. Simplicio? Es decir,

que á estas horas, el muchacho de usted canta, baila, monta, cuenta y además habla para que no le entienda usted. No me parece mal; pero vamos al caso: ¿qué tal anda de doctrina cristiana?

—¡Qué cosas tiene V., tío Matracal! Ya se supone que eso lo aprenden los niños en la escuela.

—¡Ah! con que ya se supone, es decir, que usted supone que cuando niño le enseñarian la doctrina como podrian enseñársela á un papagayo, con lo cual usted se da por satisfecho, y aquí paz y despues gloria.

—Vaya, hombre, no hay que exagerar *la doctrina cristiana*, aunque se exagere todo lo demás, ¿no es esto? Pues nada, señor D. Simplicio, al tiempo que es buen maestro y nos dirá dónde están las verdaderas exageraciones.

II.

A los veinte años.

—D. Simplicio, ¿le ha escrito á usted el muchacho?

—No, señor, hace tiempo que no me ha escrito; pero supongo que estará bueno.

—Pues suponer es; porque bien pudiera estar malo.

—¿Acaso sabe usted algo?

—De su salud nada de particular; pero de su conducta... alguna cosilla.

—¡Hombre.... respiro!

—¡Ah! ¿con que respira V. porque no está enfermo del cuerpo, y se queda usted tranquilo aunque lo esté del alma?

—Hombre, no digo tanto.

—Pues advierto á V. que me escribe un amigo diciéndome de él cosas muy graves. Su hijo de V. no duerme una no-

che en su casa; pasa el tiempo en los cafés y en otros sitios peores, habla de religión como un salvaje, lleva una vida relajada, frecuenta el trato de gentes impías; en una palabra que si no es ya un perdido de remate, está muy cerca de serlo.

—¡Caramba con el muchacho! Pues diga usted si le doy consejos.—Pepe á los libros;—le digo—dejáte ahora de tonterías, que ya tendrás tiempo de divertirme.

—¡Ah! ¿conque á todo esto le llama usted divertirse?

—Hombre, enténdame usted. No hay que exagerar tanto. A los muchachos conviene entenderlos, y no hacer demasiado caso de sus cosas. Eso sí, yo quiero que mi hijo estudie. Lo primero es antes. El hombre sin carrera no es hombre.

—Y el hombre sin religión ¿qué es?

—Le diré á usted....

—No, quien dirá soy yo. El hombre sin religión es una fiera que acaba por devorarse á si mismo despues de haber dañado mucho á los demás.

—¡Caramba, tío Matraca, siempre va usted á parar al hoyo! Yo no digo que no haya uno de tener religión; pero considero que no se debe exagerar tanto esas ideas. El muchacho sabe ya donde le aprieta el zapato: es ya un hombre, y.... ¡Si viera V. que artículos escribe!

—¡Ah! ¿con que escribe artículos?

—Sí, señor, en *El Despellejador*: un periódico de los mas avanzados. Ha poco escribió uno magnífico, sobre la educación libre de la muger.

—Buenas andarán las mugeres que él eduque.

—Pues mire usted, ha gustado muchísimo.

III

Seis meses despues.

—¡¡Tío Matraca de mi vida!!

—D. Simplicio de mi alma, ¿qué le pasa á usted?

—Una cosa terrible, una cosa horrosa: mi hijo se ha suicidado.

—¡Qué está usted diciendo!

—Lo que usted oye. ¡¡Hijo de mi vida!! ¡¡Ya no existe!! ¡¡Lo he perdido para siempre! Mire V. que carta:

«Querido papá: Siento darte un disgusto, pero no hay mas remedio. Estoy enfermo, entrampado, aburrido y no quiero vivir mas.

«Quizá debí descubrirte antes mi situación; pero ¿qué remedio podías darme tú? Ninguno.

»Me hubieras llenado de consejos la cabeza, y lo que yo necesitaba era llenar mi corazón, cosa que jamás he conseguido.

»Sí, debo declarártelo francamente: no creo ni puedo creer en nada. Estoy convencido de que todo es mentira, y quizá esto me hace mas desgraciado.

«¿Qué es la vida mas que un caos incomprendible?

»¿Qué significa ésta ansia de mi corazón que jamás he logrado calmar?

»No lo sé.

»Solo sé una cosa cierta y positiva: que vivo entre tinieblas y dolores, y para vivir así prefiero quitarme la existencia.

»¡Ojalá no me la hubieras dado nunca!

»Adios: olvida para siempre á tu hijo
—Pepe.»

—¡Para siempre! ¡para siempre! ¡Hijo de mi corazón! ¡Qué cosa mas terrible, mas espantosa, mas atroz?

—Sí, señor D. Simplicio, muy espantosa, muy atroz, muy terrible; pero vamos..... *no hay que exagerar.*

A. C. y G.

La toca blanca.

En medio de los gorros rojos del 93, la hermana Teresa, con su toca blanca, parecia una paloma agitando sus alas en el fondo de la tempestad, á través de las picas y de los tambores, de las prisiones y el cadalso. Ya no habia Rey, ni Iglesia, ni altar, ni Dios.... pero habia pobres, y allí donde hay pobres se encuentra siempre á la Hermana de la Caridad.

Habia pobres y desgraciados, y la atrevida toca blanca de la hermana Teresa era su único faro de esperanza y de salvacion. Lo que se encerraba de heroismo, de virtud y de abnegacion bajo la humilde toca de la religiosa, no lo dice la historia de aquellos dias turbulentos y agitados; pero Dios, los indigentes y los mártires lo saben.

Se contaba en los arrabales de Paris que aquella sierva de los enfermos, que aquella amiga del pueblo, habia renunciado á los encajes y á los diamantes, para vestir el pobre y deslucido traje de estameña, y cambiado sus blasones por un rosario. El pueblo la conocia, la veneraba, la amaba: sí, la amaba por sus beneficios, por su valor, por su alegría.

En fin, un dia, fué denunciada al Comité revolucionario:

—Si quereis mi cabeza, dijo sonriendo, á sus jueces, os la ofrezco de todo corazón; pero quiero ser guillotizada con mi toca blanca, y que todos mis amigos de los arrabales me acompañen cuando vaya al cadalso.

Nadie se atrevió á condenar á la *Toca blanca.*

Otra vez, la hermana Teresa pasaba por el puente de San Miguel, una turba de exaltados la rodea y la invita, con terribles amenazas, á bailar alrededor de una pica adornada con un gorro rojo.

—Sí, amigos míos, dice la *Toca blanca*, voy á bailar; aunque estoy muy fatigada, porque he visitado mas de veinte enfermos esta mañana. Vais á verme bailar el minué ó la gavota, lo que querais; pero os prevengo que haré lo que en el Berry donde la desposada, pide despues á todos los asistentes, una moneda para pagar su trousseau.

—Y quién es tu esposo y qué trousseau quierens? preguntaron aquellos furiosos.

—Mi esposo, contesta la hermana Teresa, es Jesucristo, y el trousseau para que os pido es de pañales y envolturas para mis recién nacidos.

—Tienes, pues, muchos hijos?

—Mas de treinta, y cada dia me nacen uno ó dos. Mirad! allá arriba en aquella buhardilla, mientras nosotros estamos aquí hablando, ha debido venir al mundo un pequeño patriota. Vamos! abrid vuestros bolsillos y perdonar mis piernas; y venid uno de vosotros á visitar conmigo á mis pobres....»

Las monedas de cobre cayeron como una lluvia en las manos de la Hermana,

y el pueblo gritó: «¡Viva la *Toca blanca!*»

Era la noche de Navidad: la hermana Teresa se encontraba en un granero de la calle Taitbout, cuyo nombre se había cambiado recientemente por el de Brutus: cuestión de moda. Una pobre mujer acababa de dar á luz dos gemelos. Sobre un monton de paja infecta, deliraba un niño de tres á cuatro años, presa de la fiebre y del hambre: el padre había muerto. Aquel día la pobre *Toca blanca* nada había recogido en sus caritativas correrías; nada sino humillaciones y amenazas: sus manos, heladas como la nieve, estaban vacías.

Al tapar las hendrijas de la pequeña ventana del granero, ve frente un hotel magnífico, espléndidamente iluminado. Era la morada régia de un rico convencional.

Aquel personaje, que debía la mayor parte de su fortuna á las larguezas de la familia de Montmorency, era entónces uno de los miembros mas feroces y mas exaltados de la Montaña (1).

—Nos hemos salvado, dijo la Hermana á la enferma. Vuelvo al instante.

Y, atravesando la calle, entra apresuradamente en el palacio del convencional. A su vista los criados, ó, si lo preferis, «los hermanos sirvientes» quedan estupefactos. Una religiosa! la *Toca blanca!*...

—Hacedme el favor de anunciar á la hermana Teresa, les dice ella sonriendo. Tengo mucha prisa.

—Qué quieres? la pregunta, con aire brutal, el miembro de la Montaña, dirigiendo una mirada feroz de sorpresa, al traje proscrito de la religiosa.

—Vengo á pedir os una limosna...

—Una limosna!... Para tí?

—Nó, para mis amos.

—Quiénes son tus amos?

—Los pobres. Yo soy su servidora.

—Vamos, explicate.

—Pues bien, allí enfrente, en esta misma calle Brutus, en un granero, una pobre mujer acaba de dar á luz dos gemelos. Ni leña, ni ropa, ni pan!... Es vuestra vecina, y yo alargo por ella la mano...

—Pero... ese traje?

—Los arrabales lo conocen y lo protejen; el pueblo lo respeta, el pueblo lo ama. Me llaman la *Toca blanca!*...

—Tu hablabas de dos gemelos?

—Y de su madre, que se muere de hambre y de frio; y hoy es la noche de Navidad.

—Navidad?..... Qué es eso?

—Es la fiesta de los niños; y cuando son pobres y están abandonados, la caridad debe hacer por ellos fiesta doble.

—Son al menos patriotas tus pequeños gemelos?

—Ya lo creo! Pero ahora no piensan en eso... y su pobre madre está muy débil.

—Toma para ellos y hazles gritar:

¡Viva la nacion!

—Será preciso esperar á que crezcan exclamando la hermosa Teresa.

—Es verdad, responde el terrible convencional, sorprendido él mismo de su tontería. Mas ten cuidado añade con tu

(1) El 93 se llamaba así la parte mas elevada del anfiteatro en que se reunia la llamada Asamblea Nacional. Era el sitio que ocupaba al grupo mas violento y exaltado de la Convencion.

toca blanca!... Pudiera suceder que uno de estos días te arrancasen las alas.

—Será lo que Dios quiera: estoy dispuesta á todo, y mis pobres tambien. Mas' de mil me han prometido acompañarme al cádalso.

—No se les permitirá.

—Pues ellos irán! Vamos, gracias por vuestra limosna.

—Espera! Cuál es tu nombre?

—Me llamo la hermana Teresa.

—Eso no es un nombre.

—Y, sin embargo, no tengo otro.

—Oh! ya me entiendes! Te pregunto tu nombre, tu verdadero nombre.

—Hermana Teresa.

—Hermana Teresa! Ya te he dicho que ese no es mas que un nombre supuesto. Como te llamabas en otro tiempo.

—En otro tiempo, dice la *Toca blanca*, sonriendo dulcemente, me llamaba Luisa de Montmorency.

La nobleza romana ha encargado al artista Bernardini una reproduccion en bronce del arco de triunfo que el Senado romano levantó en honor de Constantino cuando venció á su rival Majencio, para ofrecérsela á Su Santidad en la fiesta de su Jubileo sacerdotal.

Dos oraciones con indulgencias han sido aprobadas por Su Santidad recientemente: una á Jesús Sacramentado, para que la reciten los niños y jóvenes, pidiendo á Jesucristo por los de su edad que se hallen en el purgatorio, por sus familias y el Padre universal de los católicos, Leon XIII; la otra dirigida á San

José, tambien para niños colocados bajo su patrocinio, y es la siguiente:

Pie Sancte Joseph, ora pro nobis, pueris tuis; ora pro parvula nostra familia, quam sub tua tutela, potentissimoque tuo presidio accipere dignatus es. Amen.

Las Hermanitas de la Cruz, de Sevilla, han adquirido la casa-palacio del Marqués de San Gil, con objeto de dar mayor ensanche y poder recibir mayor número de niñas pobres y huérfanas en el asilo que vienen sosteniendo en provecho de las pobres jóvenes desamparadas.

Despues de abjurar públicamente sus errores del protestantismo, ha sido bautizado en la iglesia parroquial de San José de Barcelona el joven Juan Briansó y Roig. Al acto asistió mucha concurrencia de uno y otro sexo.

Coleccion

DE

Sermones, homilias y panegíricos,

obra original

escrita

POR EL DR. D. ZACARÍAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

Tambien se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.